

El erotismo y el arte en Bataille: hacia una filosofía como mirada introspectiva de nosotros mismos.

Pedro Sosa

(Facultad de Filosofía y Humanidades – UNC)

Malena León

(Facultad de Filosofía y Humanidades – UNC)

Abstract. Las representaciones artísticas y el erotismo se presentan en Bataille como momentos de transgresión de las prohibiciones que se imponen en función del mundo del trabajo y la racionalidad. En el erotismo hay un deseo de muerte que se expresa en la búsqueda de una experiencia de continuidad ¿Es posible encontrar esa misma búsqueda en las manifestaciones artísticas? Hay, en el filósofo francés, una constante remisión al pasado, bajo el supuesto de que el momento de la aparición de estas transgresiones puede decirnos algo acerca de eso que somos. En este sentido, en este trabajo se intenta mostrar cómo estas consideraciones sobre el arte y el erotismo constituyen una profunda reflexión antropológica.

Keywords: Erotismo, arte, muerte, continuidad, prohibición, transgresión, trabajo, sexualidad, homo faber, homo ludens.

A modo de introducción, nos vemos obligados a hacer una consideración sobre el carácter de los textos en los que nos basamos y que tomamos como *filosóficos*: sobre sus pretensiones y sus libertades, sobre los modos de entenderse a sí mismos. Los textos en cuestión son *Lascaux, o el nacimiento del arte*, y *El erotismo*, ambos de George Bataille.

Si tomamos como *filosofía* lo que en ellos tiene lugar, entonces ésta ya no es concatenación de argumentos racionales; es más bien algo que obedece al influjo de la fascinación. El escrito sobre las cuevas de Lascaux parece nacer del asombro ante la conmoción y de la búsqueda de lo que tiene ese sentimiento para decir de nosotros mismos. El filósofo francés se vale de resultados científicos que le son muy útiles, que le sirven para enriquecer el cuadro que nos está pintando; pero lo radical de su tesis, de su hallazgo, rebalsa los descubrimientos paleontológicos y las leyes de la lógica, del mismo modo que una obra de arte trasciende las leyes de la racionalidad, a la hora de transmitir algo.

Por esta relación particular con aquello que pertenece al orden de la afectación sensible, de la conmoción, el sentimiento, y la fascinación, podemos pensar a los textos de Bataille como textos donde la filosofía se confunde con la literatura en el modo de su realización: podemos pensar que son manifestaciones artísticas que hablan de otras manifestaciones artísticas y de

lo que éstas tienen para decir acerca de nosotros. ¿Cómo entender, en este marco, la relación entre filosofía y arte?

Sostenemos que la filosofía en Bataille es también una antropología: todo su esfuerzo es el de ver qué tiene para decir de nosotros mismos en tanto seres humanos aquellos fenómenos como el arte y el erotismo que toma por objetos de estudio, qué regiones de nosotros mismos iluminan y qué comprensión de nosotros mismos habilitan. A este respecto, Bataille aparece como un pensamiento que peina la historia a contra-pelo: si toda la tradición concibió la especificidad, la diferencia del hombre, su singularidad a partir de conceptos caros a cierta ortodoxia antropológica, como son los de racionalidad y trabajo, en Bataille hay una consideración de determinados aspectos de la *humanidad* que escapan a la órbita de esos conceptos y sin el auxilio de los cuales, desde su perspectiva, no podemos entender *quiénes somos*.

En este sentido, consideramos que la filosofía adquiere en Bataille la forma de una antropología heterodoxa. La dilucidación de aquello que el erotismo y el arte tienen para decir de nosotros mismos es el esfuerzo que lo motiva. Por esto, una primera parte de nuestro estudio consistirá reconstruir y sistematizar la conceptualización batailleana de estas esferas.

En los dos textos se cifra una respuesta a la pregunta por lo humano, en ambos textos se sostiene una hipótesis acerca del momento en que el hombre se constituyó definitivamente como tal. Sin embargo, en el encuentro entre ambos se produce una aparente contradicción. De un lado, en *El erotismo* el ser humano parece constituirse como tal en el momento de la aparición del trabajo, de la técnica, en el momento de la conciencia de muerte y del establecimiento de todas las prohibiciones sobre la esfera de la sexualidad en virtud del funcionamiento óptimo del mundo del trabajo; esto es en el hombre de Neandertal. Del otro, en *Lascaux...* el momento humano por excelencia se localiza en el arte, el juego, la risa, etc., aspectos que constituyen *transgresiones* a las prohibiciones propias del hombre del trabajo, que se dan con la aparición del Homo Sapiens. En este sentido, nos proponemos la tarea de aproximarnos lo más posible a esta aparente contradicción, hasta el punto en que se deja ver una posible resolución.

Ulteriormente, nos proponemos pensar el modo en que Bataille plantea la relación entre arte y muerte, a los fines de descubrir qué aspectos de nosotros mismos se cifran allí. Bataille dice que erotismo y poesía nos conducen a un mismo lugar: la muerte. ¿De qué modo el arte nos lleva a la muerte? ¿Cómo lo podemos pensar? Y a partir de esto: ¿de qué modo se relaciona el discurso *filosófico*, que detecta en determinados aspectos de nuestra vida

elementos constitutivos de nuestro modo de ser, con las expresiones *artísticas* que parecen mostrar en sí mismas todo lo que la filosofía quiere decir?

Así, retornamos a la consideración inicial, sobre esta extraña relación entre la filosofía (del arte) y el arte mismo. Sostendremos que de este encuentro surge una concepción antropológica novedosa, una forma de renovar el imperativo socrático que -en vínculo con todo lo expuesto- permitirá actualizar el precepto “conócete a ti mismo” a la luz de dos dimensiones que forman parte de nuestra vida, teniendo como un efecto necesario una resignificación de las mismas.

1

“Si alguna vez / yo mudo en tu piel / me uniré a
la eternidad”

Luis Alberto Spinetta

Es posible suponer que Bataille se asombró de la constante admiración por lo eterno que subyace en nuestras religiones, sistemas filosóficos e incluso morales. Usted pensará que es aberrante sostener que en lo más hondo de nuestros deseos reside un profundo anhelo por la muerte. Sin embargo ¿por qué no se sorprende de la admiración que tenemos por lo estático e infinitamente duradero?, ¿no es, acaso, la admiración por lo exactamente opuesto a nuestra vida: cambiante, finita, inaprensible?

En el erotismo, de acuerdo a cómo lo concibe Bataille, se observa esta fascinación: un deseo de continuidad y de muerte. En primer lugar, hay que aclarar que es completamente independiente de la reproducción.¹ En el erotismo dos seres separados son arrancados con violencia de su discontinuidad constitutiva y llegan juntos al mismo punto de disolución. En ese punto, los seres separados desaparecen como tales, y se funden -en el instante de esa *petit mort* que es el orgasmo- en una existencia continua. De esta manera, si la muerte, en sí misma, no se puede experimentar, pues es, en definitiva, la ausencia de toda experiencia, el erotismo sí se constituye como una manera de experimentarla, como el mayor acercamiento posible a la continuidad. Toda la puesta en juego del erotismo está motivada por este deseo de continuidad. “Toda operación erótica tiene como principio una destrucción de la estructura de

¹ Aún así, en la reproducción, tanto sexual como asexual, se pueden encontrar algunas claves para entender al erotismo como deseo de muerte. Hemos decidido dejar de lado dichas consideraciones en el presente escrito, por una cuestión de espacio.

ser cerrado que es, en su estado normal, cada uno de los participantes del juego” (Bataille, 2009, p.22): el erotismo nos abre a la muerte, nos hace salir de nosotros mismos para fundirnos con el otro en una continuidad desindividualizada. No hay, precisamente, un franqueamiento definitivo del abismo que nos separa de todas las otras cosas. Lo que sí sucede es, en cierto sentido, la experiencia de compartir con el otro el vértigo frente a ese abismo. En el erotismo se vive la muerte: se trata, como dice Bataille, de una aprobación de la vida aún en la muerte.

Esta continuidad a la que la experiencia erótica conduce se opone diametralmente al mundo del trabajo, en virtud del cual el hombre, de acuerdo a las tesis de *El Erotismo*, se diferencia del animal. Para que este mundo del trabajo pueda aparecer y logre prosperar fue necesario que el hombre estableciera un conjunto de prohibiciones que cayeron principalmente sobre dos ámbitos fundamentales: la muerte y la sexualidad.

La razón en virtud de la cual, sexualidad y muerte, son marcadas con el signo de lo prohibido radica en el hecho de que ambas participan de una violencia natural que debe ser excluida de allí donde se precisa de la medida, la razón y el cálculo. Tanto la muerte, que se representa como una fuerza de violencia indomable –y que, en el peor de los casos, puede poseernos y encarnar en nosotros el deseo de *dar muerte*- , como la sexualidad, con el exceso y la urgencia característicos del deseo sexual y la renovación incesante que convoca la reproducción, amenazan con interrumpir el curso normal de las cosas, con tirar abajo esa estructura que con tanto esfuerzo el hombre ha construido para sí en un intento desesperado por refugiarse de la animalidad que lo rodea y constituirse como tal. Allí afuera no hay moderación alguna: el animal se encuentra completamente sumido en ese movimiento incesante en el que nada se diferencia respecto de nada y en el que vida y muerte se encadenan en una sucesión infinita que no tiene sino por fin el gasto, el derroche, el despilfarro. Es justamente respecto de esta fiesta del exceso que el hombre, para constituirse como tal, se ha pretendido diferenciar. “No, eso no” ha dicho, y sobre la muerte y la sexualidad sembró un arsenal de prohibiciones. El mundo del trabajo, dominado por el principio de utilidad y por la prudencia y la moderación, así lo ha exigido.

Podemos decir entonces, si se nos exige una afirmación urgente, que el erotismo se constituye, en principio como la liberación del deseo sexual hasta entonces contenido por las prohibiciones operantes en el ámbito de la sexualidad. Sin embargo, inmediatamente después de haber afirmado esto, caemos en la cuenta de que el erotismo también transgrede las prohibiciones que recaen sobre la esfera de la muerte. Y en realidad lo que sucede es que el erotismo, en tanto transgresión, trasgrede la división entre sexualidad y muerte: en el deseo

sexual se revela un fuerte deseo de muerte; la esfera de la sexualidad es, en definitiva, reductible a la de la muerte. En este sentido, podemos pensar que lo que en el erotismo se cuestiona es el carácter general de la prohibición en virtud del cual, por un lado, nos niega la continuidad y la muerte y nos confina a una existencia separada y, por otro, nos veda la desmesura y el derroche, y nos impone la moderación.

2

Quisiéramos también introducir otra noción, la del momento artístico, e intentar hacer de ella una caracterización general. Esta se encuentra desarrollada fundamentalmente en un texto escrito unos años antes que *El erotismo: Lascaux o el nacimiento del arte*. Aquí el arte se presenta como un momento que introduce una ruptura en el seno mismo del mundo del trabajo. Frente al principio de utilidad que rige y constituye ese mundo ordenado en torno a la productividad, el arte se presenta como una actividad inútil: no se dirige a la producción de un objeto con fines prácticos. En este sentido, por independizarse del mandato de utilidad, no sirve para nada y se muestra como un momento de desinterés y de gasto en la vida del hombre. Es, así, una actividad soberana, que tiene su fin en sí misma, y que atenta, de este modo, con el curso normal de las cosas.

El arte, de esta manera, siguiendo el esquema que ordena el texto de Bataille, se pone en contigüidad con el juego, con la fiesta, con el sacrificio, y con el mismo erotismo. Son momentos donde se suspenden las prohibiciones establecidas en función de la esfera del trabajo con el objeto de conjurar “lo que no puede ser homogéneo al mundo de los objetos estables y distintos, la vida que se desvanece o surge” (Bataille, 2003, p.47). Frente a la cotidianeidad que nos sumerge en el tiempo profano del trabajo y la utilidad, el hombre se revela, exigiendo la irrupción de un momento sagrado; en esto consisten el juego, el arte, la fiesta o el sacrificio.

3

Lascaux o el nacimiento del arte y *El erotismo* tienen años de nacimiento diferentes, pero claramente siguen un hilo en común. Al intentar extraer lo que surge del encuentro de estos escritos, más allá de algunas frases, que aparecen en ambos casi de la misma manera, hay ciertos puntos en los que la síntesis no es automática y parece producirse una contradicción. De igual modo que dos fotos de un mismo lugar tomadas desde ángulos diferentes, los textos se complementan enriqueciendo el panorama. Para poder aprovechar esto, creemos que es

necesario deshilar aquello que nos hace ruido en las primeras lecturas, aquellas diferencias en los puntos de vista, que constituyen, desde nuestra mirada, diferencias de énfasis.

Como venimos diciendo, el tratamiento del erotismo y el arte se encuentra estrechamente ligado a la aparición del trabajo, las prohibiciones y las transgresiones, en el fuero de la vida humana. Por esto Bataille se centra en estudios y preguntas propios de la antropología a la hora de desarrollar su pensamiento. En la primera parte de *El erotismo* encontramos un fuerte énfasis en el momento de la historia en donde se ubica la aparición del mundo del trabajo, que se da con la transformación del material para convertirlo en herramientas útiles. Los estudios antropológicos también sitúan en este período a la aparición de las sepulturas. Para el escritor francés, el advenimiento del trabajo y la conciencia de la muerte están fuertemente ligados. Toda esta descripción se sitúa en el momento en que el hombre empieza a diferenciarse del resto de los animales. La bestia de la que consigue separarse está completamente fundida con la naturaleza como derroche de energía, *como orgía del aniquilamiento*: “La posibilidad humana dependió del momento en que, presa de un vértigo insuperable, un ser se esforzó en decir que no.” (Bataille, 2009, p. 66). En *El erotismo* el momento en el que nosotros empezamos a ser quienes somos está puesto centralmente en la figura del hombre de Neandertal, en la aparición del mundo del trabajo y las prohibiciones que éste conlleva.

En un primer momento esto podría parecer difícil de complementar con las consideraciones y los acentos puestos en *Lascaux...* En este texto el -mal llamado- Homo Sapiens es quien adquiere un lugar central: habiendo producido obras de arte es nuestro semejante; sus obras son entendidas por Bataille como el primer signo tangible de nuestra presencia en el universo (Bataille, 2003, p.18). Además, hay momentos en los que parece decir oraciones completamente contradictorias con *El erotismo*: “Hasta aquí he querido hablar rápidamente del Homo Faber. Pobló la tierra durante los tiempos del Paleolítico medio y precedió al hombre de Lascaux; pero para comenzar, debería situar *este último* –es decir, el Homo Sapiens- en otro orden, en el paso del animal al hombre.” (Bataille, 2003, p. 18). El hombre de Lascaux aparece como nuestro primer semejante.

Más allá de que podamos encontrar frases que parecen contradictorias entre sí en ambos escritos, pensamos que el tipo de lectura que este filósofo exige no permite tomar a estas diferencias como incoherentes, ni da lugar a suponer un cambio de pensamiento por parte del autor. Se trata, más bien, como decíamos anteriormente, de un cambio de énfasis.

Por otro lado, en *Lascaux...* sí se habla del hombre de Neandertal y lo que se dice de este personaje está en conformidad con lo que se dice en el escrito posterior. Se sostiene que en esta etapa la vida humana difería de la animal por la esfera del trabajo: “Es trabajando la

pedra que el hombre se separa de modo absoluto del animal. Se separa de éste en la medida en que el *pensamiento* humano le fue dado por el trabajo. ” (Bataille, 2003, p. 40). En consonancia con esto, también se menciona como criterio de distinción antropológica a la conformación de un conjunto de prohibiciones (Bataille, 2003, p. 43).

En ambos casos se busca, con la pretensión de ilustrar mejor eso que somos ahora, hablar del momento en el que empezamos a serlo. Decir que para Bataille esto ocurrió con el hombre de Neandertal, o decir que sucedió con el hombre de Lascaux, es correcto en ambos casos. Para esclarecerlo conceptualmente, podríamos pensar que en el primero se está respondiendo más bien al momento en el que el hombre pasa a ser el animal hombre, la bestia humana. Esto es en lo que se pone énfasis en el texto tardío. En cambio, el hombre de Lascaux marca más bien el momento en el que, dicho en términos de Bataille, se produce el paso “de la bestia humana al ser separado que somos” (Bataille, 2003, p.31), “del bosquejo físico al ser completo” (Bataille, 2003, p. 38).

La importancia y centralidad concedida al Hombre de Lascaux por el autor, al escribir este primer texto, se ve completamente justificada por el hecho de que en esta figura se originan esas características nuestras que se vuelven fundamento de aspectos como el erotismo -que no pueden ser explicados si no nos entendemos a nosotros mismos como seres abismados por una discontinuidad-: el hombre de Lascaux es por primera vez ese ser separado que somos.

Otra forma de entender este gran momento es a través de un término utilizado una sola vez en el texto sobre la caverna. Al diferenciar la tarea de los filósofos de la de algunos científicos, Bataille plantea como un problema propio de la filosofía la pregunta por el “paso del animal al hombre, de la vida indiferenciada a la conciencia.” (Bataille, 2003, p. 43).

En este punto, podríamos pensar que nos encontramos frente a nuevo problema. Según el esquema anterior, este ser que nosotros somos, caracterizado por *ser separado* o por tener una *conciencia*, se constituiría por completo recién con la aparición del Homo Ludens y no del Homo Faber. Sin embargo, es el mundo del trabajo el que no sólo configura un modo de pensar *humano*, sino que también introduce las prohibiciones; prohibiciones que buscan dejar fuera a la violencia, ya que ésta representa una amenaza para ese mundo ordenado, que es el que permite la aparición de la conciencia humana.¹ Entonces ¿por qué es en el marco de la aparición del juego, y no en el de la aparición del trabajo, en dónde se genera ese ser que somos y del que, en cierta forma, queremos huir al jugar?

Esta pregunta sólo puede tomarse irresoluble si se la considera superficialmente. Podemos responderla con la misma fórmula que asevera que la transgresión afirma la prohibición, completándola. Recién con la aparición del arte, que conlleva risa, que implica

juego, que expresa una protesta contra ese mundo del cálculo racional, regido por lo útil; recién en ese momento el hombre se transforma en eso que el mundo del trabajo y la utilidad dan pie a que se genere: un ser consciente: el ser separado que somos.

El Homo Sapiens no es un descendiente directo del Hombre de Neandertal (Bataille, 2003, p. 28). Sin embargo, la interrupción de la sucesión del linaje entre las especies en juego, demostrada por las investigaciones antropológicas, no se reproduce en el pensamiento de Bataille, en el que lo que estos momentos representan se ve completamente ligado. El hombre se separa del animal trabajando la piedra. La aparición del arte supone no sólo la existencia de los utensilios que surgen con el trabajo, sino también la existencia de este último para constituirse como la oposición del mismo.

En base a lo que venimos diciendo, podría afirmarse que el mundo del trabajo y la racionalidad no se termina de constituir como tal hasta que no aparece la esfera que se le opone. Lo que ocurre, en el juego de tensión que se da entre estos polos complementarios, es el hombre. Este hombre completo, ese ser separado que somos, que en alguna medida es casi la mayor parte del tiempo sujeto de prohibiciones, termina de ser lo que es sólo en virtud de la transgresión a las mismas, en la medida en que franquea los límites que la prohibición le impone. En esto último radica la importancia que cobran para Bataille los momentos del arte y el erotismo.

4

Sobre el final de la introducción de *El erotismo*, Bataille se refiere a la poesía. Acerca de ella nos dice que, de la misma manera que el erotismo, nos conduce a una experiencia de continuidad. “La poesía lleva al mismo punto que cada forma del erotismo: a la indistinción, a la confusión de objetos distintos. Nos lleva a la eternidad, nos lleva a la muerte y por la muerte a la continuidad.” (Bataille, 2009, p. 30).

Si pensamos que nuestra experiencia del mundo, como experiencia de un conjunto de objetos definidos y separados unos de otros, está mediada por un lenguaje que la determina en gran medida, no es desatinado afirmar que la poesía, en tanto forzamiento del lenguaje, tiene una gran potencialidad para transformar esa experiencia, o sea, para transformar, en definitiva, nuestro mundo, desdibujando los límites que separan a unos objetos de otros. La experiencia ordinaria, regular y regulada del mundo, la experiencia de la discontinuidad, es trastocada por ese artista que, en términos que recuerdan al hombre intuitivo de *Sobre verdad y mentira en sentido extra-moral*, se libera respecto de las ataduras del lenguaje. Descreído de que haya una realidad en sí con la cual las palabras se corresponden, consciente de que el lenguaje

configura el mundo, el artista se toma la licencia para forzar al lenguaje y hacer, a partir de él, un mundo nuevo.

En Bataille, ese nuevo mundo es el de la continuidad. Y podemos pensar que no sólo la poesía, sino el arte en general, participa de esa experiencia de indistinción. Sucede, creemos, en el caso de la pintura, la fotografía y el cine. Si bien estas manifestaciones no son en ningún caso un reflejo exacto del mundo percibido, es más fácil pensar en su capacidad de generar una experiencia de continuidad a partir de aquellas *representaciones* explícitamente alteradas de la realidad. En ellas se funden los contornos, se confunden objetos distintos, se pone en cuestión una mirada acabada y única de nuestra experiencia del mundo. En el caso de la música se puede pensar, incluso, que nuestra experiencia es todavía más independiente respecto de objetos claros y distintos: nuestra normal y ordinaria percepción auditiva se ve alterada, dando lugar a una experiencia en la que el mundo exterior, discontinuo, se suspende. En este sentido, no nos parece ilegítimo pensar, a partir de Bataille, que el arte en general es una experiencia de muerte.

Por otro lado, nos encontramos en esa alusión a la poesía, con una idea que nos parece interesante de pensar. Para introducirnos en su consideración Bataille nos dice: “Para terminar, querría ayudarles a *sentir* plenamente que el lugar al que he querido conducirles, por poco familiar que a veces haya podido parecerles, es, sin embargo, el punto de encuentro de violencias fundamentales” (Bataille, 2009, p. 29). Seguidamente plantea: “Todos sentimos lo que es la poesía, nos funda, pero no sabemos hablar de ella. No hablaré de poesía ahora, pero creo tornar más *sensible* la idea de continuidad que he querido dejar por sentada” (Bataille, 2009, pp. 29 y 30). A partir de esto Bataille da a entender que lo que quiere *explicar* del erotismo –que es un deseo y una experiencia de muerte y de continuidad- se puede *sentir* con la poesía. Ahora bien, comenzamos diciendo que los textos de Bataille están escritos bajo el influjo de la fascinación, son productos de la emoción. Se podría pensar, a partir de aquí, que la filosofía del arte no dice nada que no haya sido dicho ya por el propio arte; que, entonces, a la filosofía le cabría la tarea del traductor: la de decir *lo mismo* en *otros* términos.

Sin embargo, si prestamos atención, tanto en *Lascaux...* como en *El erotismo*, lo que hay no es una mera repetición, en lenguaje filosófico, de algo ya dicho en lenguaje artístico. La *traducción* que allí tiene lugar es en todo caso una *elaboración* que agrega algo nuevo a la materia prima: la filosofía del arte, que se practica como resultado de la emoción que produce el arte mismo, tiene una novedad para decirnos. En este sentido, cuando Bataille intenta ofrecer una explicación *filosófica* –que, por otra parte, puede ser considerada, como lo decimos al comienzo, como una obra de arte- acerca de aquello que nos *afecta* de una manifestación

artística como Lascaux, o acerca de aquello que nos sucede al leer una poesía de Rimbaud, agrega algo nuevo a lo que Lascaux o Rimbaud dicen por sí solos. Ese agregado tiene que ver justamente con ese encuentro entre el filósofo y la obra de arte; el escrito es el producto de ese encuentro: lo que intenta desentrañar es qué dice de nosotros mismos esa afección que la manifestación artística nos genera. En *Lascaux...* las pinturas nos hablan, filosofía mediante, de quiénes somos. En *El erotismo* la poesía nos da, a través del filtro de la filosofía, la clave para entendernos como seres discontinuos que desean la muerte.

En este sentido, vemos cómo este plus que la filosofía tiene con respecto a las obras de arte mismas oficia las veces de espejo: permite que veamos qué de nosotros se juega en ellas. Así, Bataille recupera dos dimensiones que nos resultan sumamente cercanas, la del erotismo y el arte, pero que la tradición ha puesto una y otra vez en un lugar relegado, y decide ponerlas en el centro de la escena. Con esto no sólo consigue re-significar cada una de ellas, de modo aislado, sino que las recupera para hablar del lugar que ocupan en todo el campo de lo humano, para a partir de ellas proponer una antropología filosófica: una filosofía que intenta responder a la pregunta: ¿Qué somos?

¹ En palabras de Bataille en *El erotismo* lo que las prohibiciones resguardan es justamente ese "...tranquilo ordenamiento sin el cual es inconcebible la conciencia humana" (Bataille, 2009, p. 42).

Bibliografía

Bataille, Georges (2003), *Lascaux o el nacimiento del arte*, Argentina: Alción Editora.

Bataille, Georges (2009), *El erotismo*, Argentina: Tusquets Editores.

Del Barco, Oscar (2008), *La intemperie sin fin*, "Bataille y el erotismo", Argentina: Alción Editora.